

# Emociones políticas frente a un escenario de postconflicto

**Maribel Castillo**  
Departamento de Economía

En Colombia, llevamos más de 50 años de conflicto armado con el grupo Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). En este periodo el poder que ha conseguido esta guerrilla ha provocado que muchas personas la identifiquen como el foco de todos los problemas del país. Ahí radica el primer desacuerdo y el principal aliado de las emociones políticas que, según Nussbaum (2014), despiertan los más sensibles instintos de los seres humanos, como el odio, el miedo, la rabia y la vergüenza, pero también el amor, la simpatía y la solidaridad, entre otros. Estos son sentimientos que albergan nuestras emociones. Y estas no son ajenas a la política.

Recientemente se llegó a un acuerdo para la finalización del conflicto entre el Estado colombiano y las FARC-EP. Y supongo que en medio de las emociones de los actores que firmaron dicho acuerdo surgió la propuesta de un nombre que incluye “para una paz estable y duradera”. Esta parte del título del acuerdo generó las más fuertes emociones, porque “¿quién no quiere la paz?”, dice la oposición a dicho acuerdo. Y los que lo construyeron dicen que la paz es el objetivo final. Así, pues, la población se encuentra en medio de emociones políticas que crean incertidumbre, di-



lema que no les permite estar felices por la escritura de un mal acuerdo de “paz”, que es preferible, desde mi parecer y la de muchos colombianos, que un buen acuerdo de “guerra”.

Parece que el acuerdo es un pretexto para la construcción de un camino que inicia con una ganancia para el país: la pérdida del nombre del grupo insurgente. Ya no existirán como organización armada constituida. Muchas personas no alcanzan a dimensionar la importancia que tiene esto para la nación y las implicaciones para el mismo grupo de las FARC. Las emociones generadas ante esta pérdida de poder a través del nombre me recuerdan al concepto de Honneth (1997) sobre reificación en la época del Holocausto, cuando lo peor que le podía pasar a un judío era ser reificado o cosificado, es decir, deshumanizado con la pérdida del nombre. Para una guerrilla, como las FARC, con cierta importancia ganada ante el apoyo

que algunos países brindaron a su “causa”, el asunto del nombre es una pérdida. Ahora cualquier intento de insurgencia será castigado como delincuencia común y estará por fuera de los límites del acuerdo. Con esto, Colombia ganó la posibilidad de mostrarle al mundo que al terminar el conflicto con este grupo puede empezar a combatir a quienes intenten tomar el mismo camino. Ninguno posee el tamaño de las FARC, ni en número de hombres, ni en poder y menos en visibilidad internacional.

Respecto al campo, vale decir que es un tema que a los colombianos debería tocarnos emociones un poco más fuertes, ante la forma como hemos desprotegido el campo deberían emerger la rabia, la culpa y la impotencia. La guerra con las FARC se vivía en el campo. De ahí que el desarrollo económico no mirara hacia allá. Algunos dicen que con el pretexto de la falta de garantías de seguridad, pero por eso o por lo que sea,

el caso es que el Estado abandonó esa zona del país. No hemos podido construir una Reforma Agraria para el beneficio de las personas que habitan la mayor parte del territorio nacional. Adicionalmente, cuando los campesinos llegaron a pedir ayuda a las ciudades se convirtieron en un problema, un sinnúmero de desplazados lleva 50 años saliendo de sus casas, no solo por el conflicto, sino por la enorme brecha que supone vivir en un lugar donde no hay Estado. Un lugar en donde con el enfoque diferenciado se los ha condenado a una educación especial, de mala calidad y que no les permite mejorar su calidad de vida. Pero eso no es todo, ahora nuestra mejor apuesta es hacer actividades de emprendimiento con los hombres que se desmovilicen y propongan reincorporarse a la vida civil. Y... ¿en qué sector? ¡Eureka! En el sector agrícola. Se hace necesario que los señores que escribieron el acuerdo sepan que el campo colombiano no está preparado para lo que el sector agroindustrial y su avance tecnológico en innovación nos propone. Esto es poner a competir la tomatera de un reinsertado con una tomatera que tiene toda la una tecnología y un mercado definidos. Hay que tratar de no golpear todavía más la vida de nuestros campesinos con un mercado local agrícola artesanal, que ya está saturado. Además, ya existen unos poderes internos que no se han mencionado, pero que pueden ser problemáticos. ¿O será que los jefes del cartel de la cebolla, o del tomate, o del cilantro (y esto es lo más absurdo del realismo mágico) están felices por esta nueva competencia? Bueno, pero este es otro tema para empezar a pensar.

Hay que ser optimistas. Y esto es, como se lo escuché a alguien muy sensato que participó de la escritura del acuerdo, “entender el acuerdo como un relanzamiento de la Constitución del 91”. Eso me dio un poco de escalofrío, si soy sincera, porque en el 1991 yo tenía 11 años y se celebraba en mi colegio la posibilidad de un enfoque de derechos que mejorara

un sinnúmero de desplazados lleva 50 años saliendo de sus casas, no solo por el conflicto, sino por la enorme brecha que supone vivir en un lugar donde no hay Estado.

la calidad de vida de los colombianos y nos permitiera cerrar la brecha de la desigualdad. Pues bueno, han pasado 25 años y ya con menos ingenuidad y después de estudiar Economía soy realista y creo que soñar con un país mejor es lo que debemos hacer, pero quisiera propuestas concretas sobre cómo disminuir, desde un enfoque de capacidades y desarrollo humano, la profunda brecha y la pobreza que tiene a Colombia siempre en la cola (al lado de Haití) en indicadores de Desarrollo.

Finalmente, el 2 de octubre es un día crucial, porque validaremos un trabajo hecho por dos agentes que no se hablaban y que lograron romper sus emociones políticas en pro de entender lo absurdo que ha sido matarnos entre colombianos durante más de medio siglo. Mi hija me dijo: “mamá llevo 9 años pidiendo cada navidad la paz del país y por fin se cumplió”. Sueño con que la ingenuidad de mi hija sea el inicio de una generación que pueda vivir en paz, sin ataques a nuestros campesinos, sin viudas, sin huérfanos y sobre todo que un niño no use sus deseos de navidad pidiendo lo más vital, que es el derecho a vivir en paz.